

lloró lágrimas ardientes, sollozando con la debilidad de la mujer y con el sobresalto del niño.

Mientras así lloraba, la claridad penetraba más cada vez en su cerebro, claridad extraordinaria, arrebatadora y terrible á la vez; entonces vió reaparecer en su fantasía su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interno, su libertad sedienta de venganza, las escenas de casa del obispo, el robo de la moneda del niño; todo esto lo vió claro, muy claro, como no lo había visto hasta entonces. Examinó su vida y le pareció horrible; examinó su alma y le pareció indigna; y sin embargo, suave claridad bañaba esa vida y esa alma. Le parecía ver á Satanás á la luz del paraíso.

Cuánto tiempo lloró? ¿Qué hizo después de llorar? á dónde fué? no se supo. Solo se averiguó que aquella noche, el conductor que hacia en aquella época el servicio de Grenoble y llegaba á Digne á las tres de la madrugada, al atravesar la plaza de la Catedral vió á un hombre, en la oscuridad, de rodillas en el empedrado, en actitud de rezar, delante de la puerta de monseñor Bienvenido.

## LIBRO TERCERO.

### El año 1817.

#### I.

El año 1817.

Luis XVIII, con cierto aplomo régio, que no carecía de orgullo, calificaba el año 1817 de vigésimo-segundo de su reinado. El año en que Bruquiere de Sorsum era célebre. Todas las peluqueras, esperando la vuelta del ave real, estaban pintadas de azul y de flores de lis. Era la época inocente en la que el conde de Linch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en el banco de la iglesia de San German de los Prados, vestido de par de Francia, con el cordón rojo y con la nariz larga, y con la majestad de contorno peculiar al hombre que ha hecho una acción brillante. Su acción brillante consistió en entregar la ciudad de Burdeos demasado pronto al duque de Angulema, siendo alcalde de dicha ciudad, el 12 de Marzo de 1812, por lo que obtuvo el

nombramiento de par. En 1817 la moda tapaba las cabezas de los niños de cuatro ó seis años con grandes gorras de tafete con orejeras algo parecidas á las mitras de los esquimales. El ejército francés vestía de blanco, á la austriaca; los regimientos se llamaban legiones, y en vez de número llevaban el nombre de los departamentos.

Napoleon estaba en Santa Elena, y como Inglaterra se negaba á darle paño verde, hacia volver del revés sus trajes viejos. En 1817 cantaba Pellegrini, bailaba la señorita Bigothini, reinaba Potier y Odry no existía aun. Madame Saqui sucedía á Fonoso. Había aun prusianos en Francia. Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de afirmarse cortando primero la mano y después la cabeza á Pleignier, á Carbonneau y á Tolleron. El príncipe de Talleyrand, gran chambelan, y el abate Luis, designado para ministro de Hacienda, se miraban y se reían con la risa de dos augures; ambos habían celebrado en el Campo de Marte la misa de la Federación; Talleyrand oficiando como obispo y Luis ayudándole como diácono. En 1817, en la arboleda del mismo Campo de Marte, se veían gruesos cilindros de madera, expuestos á las lluvias y pudriéndose entre la yerba, pintados de azul, con restos de águilas y de abejas que fueron doradas; estos restos eran las columnas que dos años atrás sirvieron para sostener el sólo del emperador en el Campo de Marte, y estaban ennegrecidos por el fuego de los austriacos, acampados cerca de Gros-Caillon. En dicho año 1817 eran populares dos cosas: el Voltaire-Fouquet y la caja de rapé de la Carta. La emoción parisiense más reciente era el crimen de Dautun, que arrojó la cabeza de su hermano en el estanque del Mercado de las flores. El ministerio de Marina empezaba á inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata *Medusa*, que debía cubrir de vergüenza á Chaumareix y de gloria á Gericault. El coronel Selves hacia su viaje á Egipto para convertirse allí en Soliman-Bajá. El palacio de las Termas de la calle de La Harpe servía de tienda á un tonelero. Aun estaba en la plataforma de la torre octógona del palacio de Cluny la garita de Tablas que había servido de observatorio á Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa Durás leía á tres ó cuatro amigos en un gabinete, revestido de adornos y de mue-

bles en forma de aspa y de raso de color azul celeste, la *Ourik* inédita. Borraban y raspaban las NN en el palacio del Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba y tomaba la denominación del puente del Jardín del Rey, doble enigma que disfrazaba á la vez al puente de Austerlitz y al Jardín Botánico. Luis XVIII, preocupado, marcaba con la uña en Horacio á los héroes que se hacen emperadores y á los zapateros que se hacen delfines, y le inquietaban dos hombres: Napoleon y Mathurin Bruneau. La Academia francesa proponía por tema para el premio *La felicidad que proporciona el estudio*. Mr. Bellart era oficialmente orador de gran elocuencia; á su sombra germinaba el futuro abogado general Broé, prometido á los sarcasmos de Pablo Luis Courier. Había un falso Chateaubriand, llamado Marchangy, esperando la hora de que hubiese un falso Marchangy, que se llamaría D'Arlincourt. Clara de Alba y Malek-Adel eran entonces las obras magistrales, y madame Cottin era considerada como el primer escritor de la época. El Instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleon Bonaparte. Un decreto real erigía á Angulema en escuela de marina, porque siendo el duque de Angulema gran almirante, era evidente que la ciudad de Angulema tenía condiciones de puerto de mar, sin lo que hubiera peligrado el principio monárquico. Se trataba en Consejo de ministros si se debían tolerar las viñetas que representaban juegos gimnásticos y que adornaban los carteles de Franconi, porque hacían parar y amontonarse á los pilluelos de Paris en las calles. Mr. Paër, autor de la *Inés*, hombre de buena fé, de cara cuadrada, con una verruga en el carrillo, dirigía los conciertos íntimos y familiares de la marquesa de Sassenaye, en la calle de la Ville-l'Eveque. Todas las jóvenes cantaban la canción del *L'Eremita de Saint-Avelle*, con letra de Edmundo Gerard.

El *Nain jaune* se transformaba en *Miroir*. El café Lemblin defendía al emperador contra el café de Valois, que defendía á los Borbones. Acababa de casarse el duque de Berry con una princesa de Sicilia y Lovel le seguía ya los pasos. Hacia un año que había muerto madame Stael. Los guardias de corps silbaban á la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños: diminutos en la forma, pero muy libres en el fondo. El *Constitutionnel* era constitu-

cional. La *Minerva* llamaba á Chateaubriand, Chateaubriant. La T final hacia reír al pueblo á costa del gran escritor. En los periódicos asalariados escribían periodistas prostituidos, que insultaban á los proscriptos de 1815; para ellos David no tenía talento, ni Arnault ingenio, ni Carnot probidad. Soult no había ganado ninguna batalla, y hasta Napoleon no tenía verdaderamente génio.

Nadie ignora que es muy raro que lleguen á los desterrados las cartas por el correo, porque la policía convierte la interceptación en un deber religioso; pero este hecho es muy antiguo. Descartes en su destierro se quejaba ya de esto. El pintor David se lamentaba en un periódico belga de no recibir las cartas que le dirigían; esto lo encontraban gracioso los realistas y les servía de pretexto para mofarse del proscrito. En aquella época, decir los *regicidas* ó decir los *volantes*, decir los *enemigos*, decir los *aliados*, decir *Napoleon*, ó decir *Bonaparte*, separaba á dos hombres más que un abismo. Todas las personas sensatas convenían en que Luis XVIII, llamado "el autor inmortal de la Carta", había cerrado para siempre la era de las revoluciones. En el terraplen del puente Nuevo se esculpía la palabra *Redivivus* en el pedestal que esperaba la estatua de Enrique IV. Mr. Piet abría en la calle Therese, número 4, un conciliábulo para consolidar la monarquía. Los jefes de la derecha decían en las grandes crisis: "Es preciso escribir á Bacot". Canuel, O'Mahony y Chepedelaine insinuaban ya, con beneplácito del heredero real, lo que más tarde había de llamarse "La conspiración de Bord de l'eau". "El Alfiler negro", conspiraba por su parte. Delaverdiere se avistaba con Trogoff. Dominaba Decazes, liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, de pié todas las mañanas junto á su ventana de la calle de Saint-Dominique, número 27, con pantalon largo y zapatillas, envolviendo su pelo gris en un pañuelo de la India, con los ojos fijos en un espejo y con un estuche completo de cirujano-dentista abierto á su lado, se limpiaba los dientes, que los tenía hermosos, mientras dictaba *La monarquía segun la Carta* á Pilorge, su secretario. La crítica más autorizada daba la preferencia á Lafon sobre Talma. Feletz firmaba A.; Hoffman firmaba Z. Carlos Nodier escribía su *Teresa Aubert*. Se había abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios, y los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se

daban trompazos á propósito del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciaba á su alteza real, la hermana del rey, el retrato del duque de Orleans, expuesto en todas partes, que estaba mejor de uniforme de coronel general de húsares que el duque de Berry de uniforme de coronel general de dragones, lo que era grave inconveniente. La ciudad de Paris hacia dorar de nuevo á sus costas la cúpula de los Inválidos. Los hombres formales se preguntaban qué haría en tal ó cual ocasion Mr. de Trinquelagne. El cómico Picard, que era de la Academia, en la que no pudo entrar el cómico Molière, hacia representar en el Odeon *Los dos Filibertos*: en el frontis de dicho teatro, á pesar de haber arrancado las letras, se podia aun leer: *Teatro de la Emperatriz*. Habia partidos en pró y en contra de Cuquet y de Montarlot. Fabvier era faccioso y Bavoux revolucionario. El librero Pilicier publicaba una edicion de Voltaire bajo el título de *Obras de Voltaire*, de la Academia francesa, y decia cándidamente: "Esto llama á los compradores". Era opinion general que Carlos Loyson seria el génio del siglo; la envidia empezaba á morderle, signo de gloria, y se le aplicaba este verso:

*Même quand Loyson vole on sent qu'il á des pattes* (1).

Como el cardenal Fesch se negaba á presentar su dimision, Pins, arzobispo de Amasa, administraba su diócesis. Principiaba la cuestion del valle de Dappes, entre Suiza y Francia, por una Memoria del capitán Dufour, que despues fué general.

Saint-Simon, que aun era desconocido, bosquejaba su delirio sublime. Pertenecia á la Academia de Ciencias un Fourier célebre, que ya ha olvidado la posteridad y vivia en un desvan, un Fourier oscuro, del que se acordará el porvenir. Empezaba á sonar el nombre de lord Byron, y en su poema *Millevoje*, por medio de una nota, lo anunciaba á la Francia del modo siguiente: *un tal lord Baron*. David de Angers se ensayaba en modelar el mármol. El abate Caron citaba con elogio en el comité de seminaristas del callejon de Fenlantines á un sacerdote desconocido, llamado Felicitas Roberto, que fué despues Lamennais. Veíase en el Sena un objeto que humeaba y se movia, haciendo el ruido de un perro que nada, yendo y viniendo por

(1) Hasta cuando Loyson vuela se vé que tiene patas.

bajo de las ventanas de las Tullerías, desde el puente del Real hasta el puente de Luis XV; era un aparato mecánico que no valia gran cosa, un juguete, el sueño de un inventor fantástico, una utopia: el barco de vapor. Los parisien- ses miraban en aquella época con indiferencia esa inutilidad. Vaublanc, reformador del Instituto, por golpe de Estado, que creó hornadas de académicos, no pudo conseguir serlo. El barrio de San German y el pabellon Marsan deseaban que se nombrase á Delaveau prefecto de policía, porque era devoto. Dupuytren y Recamier disputaban en el anfiteatro de la escuela de Medicina y se amenazaban con los puños á propósito de la divinidad de Jesucristo. Cuvier, mirando con un ojo el Génesis y con el otro á la Naturaleza, se esforzaba por complacer á la reaccion gazmoña, poniendo de acuerdo los fósiles con los textos bíblicos y adulando á Moisés por medio de los mastodontes.

El abate Gregoire, antiguo obispo, antiguo convencional y antiguo senador, pasó, durante la política realista, al estado de "infame Gregoire". La locucion de *pasar al estado de* era denunciada como un neologismo por M. Royer-Collard. Se distinguia aun por su blancura, en el tercer arco del puente de Jena, la piedra nueva que sirvió dos años atrás para cubrir la boca de la mina que hizo Blucher para volar el puente. La justicia citaba ante el tribunal á un hombre que, al ver entrar al conde de Artois en la iglesia de Nuestra Señora, dijo en voz alta:—*¡Pardiez, que echo de menos el tiempo en que veía á Bonaparte y á Talma entrar cogidos del brazo en el baile del Salvaje!* Por esas frases sediciosas le condenaron á seis meses de prision.

Los traidores se mostraban al descubierto: hombres que se habian pasado al enemigo la víspera de la batalla, no ocultaban la recompensa y se pavoneaban impudicamente con el cinismo de la riqueza y de las dignidades: desertores de Ligny y de Quatre-Bras, con la des- envoltura de su venalidad pagada, manifiestaban su adhesion monárquica enteramente al desnudo, olvidando la recomendacion escrita en el interior de los retretes públicos de Inglaterra: *Sírvasse V. abrocharse antes de salir*.

Hé aquí, todo revuelto, lo que sobrenadaba confusamente en el año 1817, olvidado ya en la actualidad. La historia desdeña casi todos esas particularidades, y no puede hacer otra cosa tampoco, por-

que si lo hiciese la invadiria el infinito. Sin embargo, estos detalles, que sin razon se llaman pequeños—porque no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetacion,—son útiles. De la fisonomía de los años se compone la fisonomía de los siglos.

En dicho año 1817 cuatro jóvenes parisien- ses representaron "una buena farsa".

## II.

### Doble quator.

Los cuatro jóvenes de que vamos á ocuparnos eran: uno de Tolosa, otro de Limoges, el tercero de Cahors y el cuarto de Montauban: eran estudiantes, y quien dice estudiante dice parisien; estudiar en Paris es nacer en Paris.

Dichos jóvenes eran insignificantes; todo el mundo conoce su tipo; cuatro ejemplares vulgares: ni buenos ni malos, ni sábios ni ignorantes, ni génios ni imbéciles, con la belleza de ese Abril que se llama veinte años. Cuatro Oscars como todos los demás, porque en esa época los Arturos no existian aun. *Quemad en honor suyo los perfumes de la Arabia*, decia la cancion: *Oscar llega, voy á recibir á Oscar*. Tenian recien- cia en la memoria á Ossian, y la elegancia era escandinava y caledoniana: el género inglés puro debia prevalecer más tarde, y el primero de los Arturos, Wellington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterlód.

Los cuatro Oscars en cuestion se llamaban Félix Tholomyés, de Tolosa; Listolier, de Cahors; Famenil, de Limoges, y Blachevelle, de Montauban. Naturalmente, cada uno de ellos tenia su querida. Blachevelle amaba á Favorita, llamada así porque habia estado en Inglaterra; Listolier adoraba á Dalia, que tomó como nombre de guerra el nombre de una flor; Famenil idolatraba á Zefina, abreviatura de Josefina, y Tholomyés queria á Fantina, llamada la Rubia, por sus cabellos, que eran como rayos de sol.

Favorita, Dalia, Zefina y Fantina eran cuatro preciosas jóvenes, perfumadas y radiantés, algo costureras todavia, no habiendo abandonado del todo la aguja, distrayéndose con sus amoríos, pero conservando aun en la fisonomía un resto de la serenidad del trabajo y en el alma la flor de la honestidad, que sobrevive en la mujer á su primera caida.

TOMO II.

Llamaban la joven á una de las cuatro, porque era la menor, y á otra la vieja, porque tenia veintitres años. Para no ocultar nada, diremos que las tres primeras tenian más experiencia, más des- preocupacion, y se dejaban arrastrar más por la corriente de la vida que Fantina la Rubia, que vivia aun de su primera ilusion.

Dalia, Zefina, y sobre todo Favorita, no hubieran podido decir otro tanto, porque se habia desarrollado ya más de un episodio en la novela apenas comen- zada de su vida, y el amante, que se llama- baba Adolfo en el primer capítulo, se convertia en Alfonso en el segundo y en Gustavo en el tercero. La pobreza y la coquetería son dos consejeras fatales: la una riñe y la otra halaga, y las jóvenes del pueblo no se pueden librar de que las dos les hablen bajo, al oido, cada una por su parte. Sus almas, mal guardadas, las escuchan. Por eso tropiezan y caen y las arrojan piedras. Las abruman con todo el esplendor de lo immaculado y de lo inaccesible. Ay! ¡si las doncellas aristocráticas tuviesen hambre!...

Zefina y Dalia admiraban á Favorita, porque habia estado en Inglaterra y porque tuvo en edad muy temprana casa propia. Su padre era un antiguo profesor de matemáticas, brutal y fan- farron, que no estaba casado y que vivia á salto de mata, á pesar de su edad. En su juventud, dicho profesor vió un día engancharse el vestido de una doncella de servicio en la rejilla de la chimenea de un gabinete, y se enamoró de este accidente. De él resultó Favorita. Esta encontraba algunas veces á su padre, que la saludaba.

Una mañana, una mujer vieja, con aspecto de beata, entró en casa de Fa- vorita y la dijo:

—No me conoces?—No.—Pues soy tu madre.—Dicho esto, la vieja abrió la despensa, bebió y comió, hizo llevar allí un colchon que tenia, y se instaló en casa de su hija. La vieja, gruñona y de- vota, no hablaba nunca con Favorita; permanecia horas enteras sin pronunciar ni una sola palabra; almorzaba, comia y cenaba como cuatro, y bajaba á hacer visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que arrastró á Dalia hácia Listo- lier, hácia otros y hasta la ociosidad, era el tener las uñas bonitas y rosadas; cómo habia de trabajar teniendo las manos preciosas? La mujer virtuosa no debe tener compasion de ellas.

Zefina conquistó á Famenil por su manera porfiada y cariñosa de decir:— “Sí, señor.”

Los jóvenes eran compañeros y las jóvenes eran amigas. Tales amores llevan consigo tales amistades.

Juicioso y filósofo son dos cosas distintas, y lo prueba el que, prescindiendo de ciertas particularidades, Favorita, Zefina y Dalia eran filósofas y Fantina era juiciosa. Juiciosa? se preguntará: ¿y Tholomyés?... Salomon respondería que el amor forma parte de la sabiduría: nosotros nos limitaremos á decir que el amor de Fantina era su primer amor, amor único y amor fiel. Fantina era la única de las cuatro que no tuteaba más que un solo hombre.

Fantina era uno de esos seres que brotan de las profundidades del pueblo. Salió de las regiones insondables de la sombra social, llevando en la frente el signo del anónimo y de lo desconocido. Nació en Montreuil-sur-Mer. ¿De qué padres? nadie lo supo. Nadie conoció á su padre ni á su madre. Se llamaba Fantina, y también ignoraba todo el mundo por qué se llamaba así. Cuando nació existía aun el Directorio. Ni tenía familia ni apellido. Se llamó como se le antojó llamarla al primer transeunte que la encontró pequeñuela, en la calle y con los pies desnudos. Recibió el nombre como recibía en la cabeza el agua de las nubes cuando llovía. Llamáronla Fantina y nadie sabía más de ella. Así nació esa pobre criatura. A los diez años dejó el pueblo y se puso á servir en las granjas de las cercanías. A los quince se fué á Paris “á buscar fortuna.” Fantina era hermosa y permaneció siendo pura todo el tiempo que pudo. Era una linda rubia con blanquísima dentadura; tenía por dote el oro y las perlas; el oro lo llevaba en la cabeza y las perlas en la boca.

Trabajó para vivir; despues, para vivir también, amó, porque el corazón también siente su hambre. Amó á Tholomyés. Amor pasajero para él, amor pasión para ella.

Las calles del barrio Latino, en las que hormiguean estudiantes y grisetas, vieron el principio de estas relaciones. Fantina, en los dédalos de encrucijadas de la colina del Panteon, en los que tantas aventuras se atan y se desatan, huyó mucho tiempo de Tholomyés, pero huía de modo que llegaba á encontrarse con él. Hay modo de huir que parece modo

de buscar. En una palabra, se realizó la égloga.

Blachevelle, Listolier y Famenil formaban un grupo del que Tholomyés era el jefe. Era el director de la compañía.

Tholomyés, estudiante veterano, rico con cuatro mil francos de renta, era un escándalo de esplendidez en la montaña de Santa Genoveva: Tholomyés era un vividor de treinta años mal conservado. Estaba arrugado, le faltaban dientes y empezaba á estar calvo. Digería difícilmente y tenía un ojo lacrimoso; pero á medida que se extinguía su juventud se encendía su buen humor; reemplazaba la falta de dientes con animadas gesticulaciones, la falta de pelo con la alegría, la de la salud con la ironía, y con el ojo que lloraba reía sin cesar. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se batía en buen orden en retirada, riendo y haciendo fuego. Le rechazaron una comedia en el teatro del Vaudeville, y continuamente escribía versos. Dudaba de todo, lo que le daba gran fuerza á los ojos de los débiles. Como era irónico, calvo y veterano, era el jefe *Iron*, que es una palabra inglesa que significa hierro. Vendrá de ella la palabra ironía?

Un día llamó Tholomyés aparte á sus tres camaradas y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantina, Dalia, Zefina y Favorita nos piden una sorpresa; se la prometimos solemnemente y nos la reclaman muchas veces, á mí sobre todo. Como en Nápoles las viejas dicen á San Genaro: *Faccia gialluta, fa il miracolo* (cara amarillenta, haz el milagro), nuestras parejas me dicen sin cesar: Tholomyés, ¿cuándo das á luz la sorpresa? Al mismo tiempo nos escriben nuestros padres y estamos apremiados por ambas partes. Ha llegado el momento de cumplir con todos. Platiquemos.

Despues Tholomyés, bajando la voz, dijo misteriosamente algunas frases tan alegres, que de las cuatro bocas salió á la vez ruidosa y entusiasta carcajada.

Blachevelle exclamó:

—Es una gran idea!

Hallaron á su paso un café lleno de humo, entraron en él precipitadamente y el resto de la conferencia se perdió en la espesa atmósfera del susodicho café. De ella resultó una brillante partida de campo, que se celebró el domingo siguiente, á la que convidaron á las cuatro jóvenes.

### III.

Cuatro á cuatro.

Difícil es en la actualidad figurarse lo que era hace cuarenta y cinco años una partida de campo de estudiantes y de grisetas. Paris no tiene ya los mismos alrededores: la vida que podría llamarse circumparisense ha cambiado completamente desde hace medio siglo: donde estaba el carro está hoy el wagon, donde estaba el lanchon está ahora el barco de vapor; hoy se vá á Fecamp como entonces se iba á Saint-Cloud. El Paris de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales á toda la Francia.

Las cuatro parejas llevaron á cabo concienzudamente todas las locuras campestres posibles entonces. Principiaban las vacaciones y era un día claro y ardiente de verano. La víspera, Favorita, que era la única que sabía escribir, dirigió á Tholomyés una carta en nombre de todas, en la que le decía: “Es muy sano salir al campo á la madrugada.” Por eso se levantaron á las cinco de la mañana. Fueron en coche á Saint-Cloud; se pararon ante la cascada seca y exclamaron: —Qué hermosa sería si tuviese agua! Almorzaron en la *Tete-Noire*, por la que no habia pasado aun Castaing; jugaron una partida de sortija en las arboledas del estanque grande, subieron á la linterna de Diógenes, se jugaron barquillos en la ruleta del puente de Sevres, hicieron ramilletes en Poteaux, compraron silbatos en Neuilly, comieron en todas partes pastelillos de manzana y, en una palabra, fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y gritaban como cotorras escapadas; retozaban con los jóvenes con la embriaguez matinal de la vida.

Recordais esa edad dichosa? ¿Recordais haber ido alguna vez por entre las malezas, separando las ramas para que pasase una linda cara que venía detrás de vosotros? ¿Habeis bajado alguna vez alguna cuestecilla humedecida por la lluvia, con la mujer querida, que os detiene por la mano y exclama: “¡Ay, cómo se han puesto mis botitos nuevos!”...

Apresurémonos á decir que faltó esa alegre contrariedad, la de la lluvia; aunque Favorita dijo al salir de Paris, con acento sentencioso y natural: *Los caracoles se pasean por las sendas; señal de lluvia, hijos míos.*

Las cuatro poseían hermosuras llamativas.

Un viejo, poeta clásico, de mucha fama entonces, que dedicaba su inspiración á una Eleonora, el caballero de Labonisse, paseando aquel día por debajo de los castaños de Saint-Cloud, las vió pasar á las diez de la mañana, y exclamó: *Sobra una*, acordándose de las tres Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la vieja, corría más que todas por entre las filas de árboles, saltaba zanjas, cruzaban atrevidamente por entre los matorrales y presidia la fiesta con el entusiasmo de una joven fauna. Zefina y Dalia, que eran hermosas y á las que la casualidad hizo juntar para completar mutuamente de ese modo sus bellezas, no se separaban la una de la otra, más por instinto de coquetería que por amistad, y apoyándose una en otra, formaban actitudes inglesas.

Acababan de aparecer los primeros álbums, que se llamaban entonces *Keepsakes*; la melancolía empezaba á apoderarse de las mujeres, como más tarde se apoderó el byronismo de los hombres, y los cabellos del bello sexo comenzaban á caer lánguidamente. Zefina y Dalia llevaban tirabuzones. Listolier y Famenil, engolfados en una discusión sobre sus profesores, explicaban á Fantina la diferencia que habia entre Delvincourt y Blondeau. Blachevelle parecia haber sido creado expresamente para llevar en el brazo los domingos el chal de tres colores de Favorita.

Tholomyés seguía detrás dominando al grupo. Estaba muy alegre, pero se traslucía en él la aspiración al mando: su jovialidad participaba en cierto modo de la dictadura; la prenda principal de su traje consistía en un pantalon muy ancho, de mahon, con trabillas de trenza metálica; llevaba enorme baston de bambú, de doscientos francos, y como todo se lo permitía, llevaba en la boca una cosa extraña, llamada cigarro, y fumaba.

—Tholomyés es admirable! decían los otros con veneración. Qué pantalones! qué energía!...

Fantina estaba radiante de júbilo. Sus magníficos dientes sin duda habian recibido una misión, la de reír. Llevaba en la mano más tiempo que en la cabeza el sombrero de paja, con largas cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, acostumbrados á flotar y á desatarse fácilmente (siendo preciso arreglarlos á cada instante), parecían hechos para representar la Fuga de Galatea entre los

saucos. Sus labios rosados se abrían para producir charla deliciosa. Los extremos de su boca, voluptuosamente levantados como los de los antiguos mascarones de Erigona, parecían animar á los atrevidos; pero sus largas y sombreadas pestañas se bajaban discretamente sobre ese atractivo de la parte inferior del rostro, como para imponerle silencio. Su traje presentaba un conjunto chillón y brillante: llevaba vestido de barés color de malva, botitos de color de canela, ajustados con trencilla, que dejaba ver por entre el cruzado media fina y calada; y una especie de *spencer* de muselina (pañoleta) de invención marsellesa, cuyo nombre, *canesú*, que es una corrupción de la frase *quinze aout* (quinze de Agosto) pronunciada en la Canebière, significa buen tiempo, calor y medio día.

Las otras tres jóvenes, menos tímidas, según ya hemos dicho, iban muy escotadas, lo que en verano, llevando sombreros adornados de flores, dá á la mujer mucha gracia y gran atractivo. Al lado de su hermosura atrevida, el canesú de Fantina, con sus transparencias, indiscreciones y reticencias, parecía invención provocativa de la decencia. La famosa Corte de Amor, presidida por la vizcondesa de Cette, la de los ojos de verde-mar, probablemente hubiera concedido el premio de la coquetería á dicho canesú, que concurría representando la castidad. A veces lo más ingenuo es lo mejor. Fantina podía vanagloriarse de poseer fisonomía deslumbradora, perfil delicado, ojos de azul oscuro, párpados largos, piés diminutos y artísticos, blanco cútis, que dejaba traslucir por todas partes las ramificaciones azuladas de las venas; mejillas infantiles, frescas; el cuello robusto de las Junos de Egipto, hombres que parecían modelados por Coston; en una palabra, Fantina era una alegría helada por la meditación, era una escultura exquisita. Bajo aquellas ropas y aquellas cintas se adivinaba una estatua, y en la estatua un alma.

Fantina era hermosísima sin saberlo. Los escasos pensadores, sacerdotes misteriosos de lo bello, que lo confrontan silenciosamente todo para llegar á la perfección, hubieran descubierto en la costurera, al través de la transparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonía sagrada. Esta hija de la noche tenía su raza. Era hermosa bajo dos aspectos: el del estilo y el del ritmo. El estilo es la forma del ideal; el ritmo es su movimiento.

Dijimos que Fantina era la personificación de la alegría, pero también era la del pudor. Para el observador que la estudiara con atención, lo que trasportaba en ella al través del ardor de la edad, de la estación y del amor, era una expresión invencible de recato y de modestia. Estaba siempre algo asombrada: este casto asombro lo produce la nube que separa á Psiquis de Vénus. Los dedos de Fantina eran largos, blancos y finos, como los de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con un alfiler de oro. Aunque nada había rehusado á Tholomyés, como veremos más adelante, su faz en reposo era soberanamente original; cierta dignidad seria y austera le invadía en determinados momentos, y era espectáculo singular y admirable ver aparecer en su semblante rápidamente la alegría y pasar sin transición del abandono al recogimiento. Esta súbita gravedad, vigorosamente acentuada á veces, se asemejaba al desden de una diosa. Su frente, su nariz y su barba presentaban el equilibrio de líneas que es diferente del equilibrio de proporción, y del que resulta la armonía del rostro. En el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior tenía ese pliegue imperceptible y atrayente, que es el signo misterioso de la castidad que obligó á Barbaroja á enamorarse de una Diana que se encontró en las excavaciones de Iconia.

El amor será una falta; sea. Fantina era la inocencia sobrenadando en la falta.

## IV.

Tholomyés está tan alegre, que canta una canción española.

Aquel día era hermoso y sonriente; la naturaleza parecía estar de fiesta y entregarse á la alegría. Los parterres de Saint-Cloud embalsamaban el aire; el soplo del Sena agitaba suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el viento; las abejas saqueaban los jazmines; una bohemia de mariposas se posaba sobre los tréboles y las avenas, y el augusto parque del rey de Francia le ocupaba el ejército vagabundo de los pájaros.

Las cuatro parejas alegres gozaban del sol, del campo, de las flores y de los árboles en su felicidad común, hablando, cantando, corriendo, bailando, persiguiendo á las mariposas, cogiendo

campanillas, mojando el calzado en las yerbas altas y húmedas, recibiendo todos los besos de todos, menos Fantina, que, meditabunda y esquiva, se encerraba en su tenaz resistencia de enamorada.

—Tú, le decía Favorita, siempre has de ser rara.

Así son las alegrías. Los pasos de las parejas felices eran un llamamiento á la naturaleza y á la vida, y hacían brotar de todas partes el amor y la luz. Cuéntase que una hada hizo expresamente las praderas y los árboles para los enamorados. Desde entonces existe esa escuela campestre para los amantes, que dura y que durará mientras haya campo y estudiantes. Desde entonces arranca la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el jornalero y el duque, el cortesano y la gente villana, todos son súbditos de esa hada. Todos allí rien, todos se buscan, brilla en el aire una claridad de apoteosis; ¡transfiguración sublime la que opera el amor! Los pasantes de notario se creen dioses. Los chillidos y las carreras persiguiéndose por entre las matas; los talles cogidos al vuelo, los dicharachos que parecen melodías, las adoraciones que se descubren por el modo de pronunciar las palabras, las cerezas arrancadas de una boca por otra, todo esto se convierte en goces celestiales. Las jóvenes desperdician sus gracias, imaginando que nunca han de concluir. Los filósofos, los poetas, los pintores, deslumbrados por estos éxtasis, no saben por dónde comenzar su trabajo. ¡La partida de Citerea! exclama Wateau; mientras Lancret, el pintor de la plebe, se queda contemplando los grupos populares que se pierden en el azulado horizonte; Diderot tiende los brazos á esos amorcillos y Urfé los confunde con los druidas.

Después del almuerzo, las cuatro parejas fueron á ver lo que entonces se llamaba el Reservado del Rey, una planta recién llegada de la India, cuyo nombre no recordamos en este instante y que en aquella época hacia ir á todo París á Saint-Cloud: era un caprichoso y lindo arbolillo, cuyo tallo de innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, se cubrían de rositas blancas, que daban á la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores, á cuyo alrededor había siempre mucha gente contemplándola.

Después de examinar el arbusto, dijo Tholomyés:

—Propongo una carrera en burros.

Ajustó el precio con un burrero y tomaron el camino por Vanves é Issi. En Issi los entretuvo un incidente. El parque *El Bien Nacional*, que era propiedad entonces del asentista Bourquin, estaba abierto. Los jóvenes pasaron la verja, visitaron al anacoreta de maniquí en su gruta, probaron los efectos misteriosos del famoso gabinete de los Espejos, lasciva emboscada digna de un sátiro millonario ó de un Turcaret metamorfoseado en Priapo. Pusieron en movimiento el columpio sujeto á dos castaños, celebrados por el presbítero Bernis. Tholomyés, mientras columpiaba á las jóvenes, una después de otra, en medio de la risa general que provocaban los pliegues de las faldas que volaban al aire; el tolosano Tholomyés, algo español, porque Toulouse es prima de Tolosa, cantó con acento melancólico una antigua canción española, que inspiraría probablemente alguna hermosura lanzada á todo vuelo sobre una cuerda entre dos árboles:

Vengo de Burgos por verte,  
que el amor á tí me llama;  
mas no me enseñes las piernas,  
porque me abrasas el alma.

Fantina fué la única que se negó á columpiarse.

—No me gustan esos genios! exclamó murmurando de ella ágridamente Favorita.

Dejaron los burros; luego tuvieron la nueva diversión de embarcarse en el Sena; después, desde Passy, fueron á pié hasta la barrera de la Estrella. Estaban levantadas desde las cinco de la mañana, pero como decía Favorita: *Nadie se cansa el domingo; el domingo no cansa el trabajo*. A las tres de la tarde las cuatro parejas subían y bajaban por las montañas rusas, edificio singular, que ocupaba entonces las alturas de Beaujou, cuya línea se descubría serpenteando por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De vez en cuando preguntaba Favorita:

—Y la sorpresa?

—Ten paciencia, contestaba Tholomyés.

Cuando se cansaron de las montañas rusas pensaron en comer, y los ocho de la partida de campo, algo fatigados ya, entraron en la hostería de Bombar-

da, sucursal que habia establecido en los Campos Elíseos el famoso fondista Bombarda, que tenia su establecimiento entonces en la calle de Rívoli, al lado del pasaje Delorme.

Entraron en un cuarto grande, pero mal amueblado, con alcoba sin cama en el fondo, y tuvieron que habilitarle como comedor (por estar toda la hospedería ocupada); tenia dicha habitacion dos ventanas, desde las que se veia el muelle y el rio al través de los olmos; un rayo magnifico del sol de Agosto daba en los cristales; de las dos mesas que habia en el aposento, en una descollaba una montaña de ramilletes interpolados con sombreros de hombre y de mujer, y en la otra se sentaron las cuatro parejas alrededor de un monton de platos, bandejas, vasos y botellas de cerveza y de vino. Habia poco orden encima de la mesa y algun desorden por debajo:

*ils faisaient sous la table  
un bruit, un trique-trac de pieds éponventable,*

como dice Molière.

A eso vino á parar á las cuatro y media de la tarde la broma pastoril que empezaron á las cinco de la mañana. El sol declinaba y el apetito de los comensales se extinguía.

Los Campos Elíseos, llenos de sol y de gente, eran ya tan solo luz y polvo, cosas ambas de que se compone la gloria. Los caballos de Marly eran mármoles que parecia que relinchaban y caracoleaban entre una nube de oro. Los coches iban y venian. Un escuadron de guardias de corps, precedido del clarín, bajaba por la alameda de Neuilly; la bandera blanca, rosada vagamente por el sol poniente, flotaba en la torre de las Tullerías. La plaza de la Concordia, que entonces volvió á llamarse plaza de Luis XV, rebosaba de alegres paseantes. Muchos de ellos llevaban una flor de lis de plata colgada con una cinta de moiré blanco, que en 1817 no habia desaparecido aun de los ojales. Aquí y allá, entre los paseantes que abrian círculo y aplaudian, veíanse corros de niñas, que lanzaban al viento una cancion borbónica destinada á satirizar los Cien Dias, y tenia este ritornello:

*Volvednos á nuestro padre de Gante.*

Gran número de habitantes de los arrabales, con sus trajes de día de fiesta, diseminados por el salon cuadrado y por el de Marigny, jugaban á la sortija y daban vueltas en los caballitos de madera. Otros bebían. Algunos aprendices de

cajistas llevaban gorras de papel é iban riendo. Todo estaba radiante. Era aquel un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista; la época en que un informe reservado del prefecto de policía Inglés, dirigido al rey acerca de los arrabales de Paris, terminaba con las palabras siguientes: "Bien considerado todo, señor, nada hay que temer de estas gentes. Son apáticos é indolentes como los gatos. El populacho de las provincias es inquieto, pero el de Paris no. Todos son hombrecillos. Dos se necesitarían, puesto uno sobre otro, para formar un granadero de la guardia de vuestra majestad. No debe inspiraros temor el populacho de la capital. Es digno de notarse lo mucho que ha disminuido la estatura de cincuenta años acá; el pueblo de los arrabales de Paris tiene menor estatura que antes de la Revolucion. No es temible."

Los prefectos de policía no creían que el gato pudiese convertirse en león; pero este es el milagro del pueblo de Paris. Por otra parte, el gato, que tanto despreciaba el conde de Inglés, era tan estimado de las repúblicas antiguas, que encarnaba para ellas la libertad, y haciendo juego con la Minerva sin alas del Pireo, se erguia en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de forma de un gato.

La cándida policía de la Restauracion creía "muy bueno," al pueblo de Paris; no lo era tanto segun el significado que daba á aquella expresion. El parisiense es al francés lo que el ateniense es al griego; nadie duerme mejor que él, nadie es más frívolo ni más perezoso; parece que sea olvidadizo, pero no hay que fiarse de esto. Es á propósito para toda clase de dejadeces, pero cuando le deslumbra la gloria, su fúria es admirable. Dadle una pica y realizará el 10 de Agosto; dadle un fusil y obtendreis un Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleon y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria? Se alista. ¿Se trata de la libertad? Levanta barricadas. No le provoquéis, porque su cabeza colérica llega á ser épica, y su blusa se convierte en clámide. Guardaos de él, porque de la primera calle Grenetat que encuentre hará horcas caudinas. Cuando suena la hora, ese hombre pequeño crece, se levanta, su mirada es terrible y su soplo tempestuoso. De su pecho endeble sale un viento bastante fuerte para deshacer los repliegues de los Alpes. El pueblo bajo de Paris, mezclado con los ejércitos

de la Revolucion, conquistó la Europa. Su placer consiste en cantar. Proporcionadle una cancion apropiada á su naturaleza y ya vereis de lo que es capaz. Mientras no tiene otro estribillo que la *Carmañola*, solo derriba á Luis XVI; pero cuando se le hace cantar la *Marseles*, dá la libertad al mundo.

Después de poner esta nota al márgen del informe del conde de Inglés, volvamos á ocuparnos de las cuatro parejas. La comida, como dijimos, estaba concluyendo.

## VI.

Cómo amaba Favorita.

Las palabras de sobremesa y las palabras de amor son difíciles de coger, porque las palabras de amor son llamaradas y las palabras de sobremesa humo.

Famenil y Dalia tarareaban una cancion. Tholomyés bebia; reia Zefina y Fantina sonreía; Listolier hacia sonar una trompetilla de madera que compró en Saint-Cloud. Favorita miraba cariñosamente á Blachevelle y le decia:

—Blachevelle, te adoro.

—¿Qué harías, Favorita, si dejara de amarte? le preguntó su amante.

—¿Qué haría!... exclamó Favorita. Bah! no digas eso ni de broma. Si dejaras de amarme me echaria sobre tí, te arañaría, te arrancaría los ojos, te daría un baño y te haría prender.

Blachevelle se sonrió con la voluptuosa fatuidad del hombre que siente halagado su amor propio.

Favorita añadió:

—Gritaría, llamaría á la guardia. ¡No me acobardaría por eso, bribon!...

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró los ojos con orgullo.

Dalia, sin dejar de comer y entre la algazara que movian los comensales, dijo en voz baja á Favorita:

—Tanto idolatras á Blachevelle?

—Quién, yo? le detesto, la contestó Favorita tambien en voz baja y empuñando el tenedor.—Es avaro. Prefiero al jóven que está enfrente de mi cuarto; es muy guapo. Le conoces? tiene trazas de actor, y á mí me gustan los cómicos. En cuanto entra en casa dice su madre:—¡Ay, Dios, ya acabé de estar tranquila; ya vá á gritar! ¿No ves que tus chillidos me aturden?—En cuanto entra sube á lo alto de la casa, á los desvanes, á las boardillas, á los tejados, adonde puede,

y empieza á declamar, á cantar y á gesticular, con tal extrépito, que se le oye desde bajo. Gana un franco diario en casa de un procurador copiando escritos. Es hijo de un sochantre de Santiago de Haut-Pas. Tiene muy buena figura. Me quiere tanto, que un día que me vió hacer almidon para unos rizados, me dijo: *Señorita, si haceis buñuelos de vuestros guantes, soy capaz de comérmelos.* Solo á los artistas se les ocurren cosas como estas. Creo que voy á volverme loca por ese chico; pero sin embargo, sigo diciendo á Blachevelle que le adoro. ¡Cómo miento!...

Favorita hizo una pausa y continuó:

—Lo creerás, Dalia? estoy triste. Todo el verano está lloviendo; el viento me irrita los nervios y no me calma la bilis; Blachevelle es muy tacaño; no se encuentran guisantes en el mercado; no sé qué comer; tengo *spleen*, como dicen los ingleses; está muy cara la manteca, y luego, ya lo ves, esto es un horror, estamos comiendo en un cuarto donde no hay ni una cama; ¡esto hace aborrecer la vida!

## VII.

Sabiduría de Tholomyés.

Entre tanto que unos cantaban y otros charlaban tumultuosamente, todos á la vez, Tholomyés intervino para cortar aquella algarabía del modo siguiente:

—No hablemos todos á un tiempo ni tan alto. Es indispensable meditar para producir efecto; improvisar con exceso deja vacía la imaginacion; señores, no tengamos prisa. Demos majestad á la francachela; comamos con recogimiento; no nos apresuremos. Ved lo que le sucede á la primavera; cuando se adelanta todo se hiela. El exceso de celo pierde á los albérechigos y á los albaricoques. El exceso de celo mata la gracia y la alegría de los banquetes. Nada de celo, señores, ya que Grimaud de la Reyniere es de la misma opinion que Talleyrand. Sorda rebelion gruñó entre el grupo.

—Tholomyés, déjanos en paz, dijo Blachevelle.

—Abajo el tirano, exclamó Famenil.

—Bombarda, trueno y francachela! gritó Listolier.

—El domingo existe, dijo sentenciosamente Famenil.

—Somos sóbrios, añadió Listolier.